

UNA VISIÓN ESQUIZOFRÉNICA Y PELIGROSA

¿Un Líder de Estatura Universal? En los tiempos de crisis las visiones y posiciones políticas e ideológicas varían con más frecuencia de lo normal y se polarizan, pero las actuales de la prensa extranjera en torno al problema mexicano lo hacen de manera tan rápida y tan extrema, que uno no puede menos que calificarlas de esquizofrénicas. En efecto, en un momento una gran revista internacional con más de 150 años de experiencia sobre el mundo, afirma que examinando los indicadores macroeconómicos -inflación, déficit fiscal, comercio exterior, etcétera-, los asuntos del país difícilmente podrían ir mejor. Sin embargo, a la vuelta de unos cuantos años -tres, para ser exactos- un periódico de tendencias ideológicas similares, con prestigio mundial y muchos años de experiencia, no vacila en afirmar que en ese mismo país ya va muy mal, que difícilmente podría ir peor, y que en realidad está en un callejón sin salida.

En febrero de 1993, en una revista de gran prestigio se afirmó que: "A pesar de lo controvertido de su principio (las elecciones fraudulentas de 1988) a más de cuatro años de iniciado su gobierno, el señor Salinas tiene derecho a ser aclamado como uno de los grandes hombres del siglo XX". La idea de un Salinas que ya había ganado un lugar al lado de Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt, Charles de Gaulle o Martín

Luther King, fue presentada como un hecho respaldado por las cifras y por el proyecto económico del que por esos números asombrosos habían salido. ¿Quién pudo haber hecho una afirmación tan temeraria por no decir irresponsable? En el plano interno sería fácil imaginar candidatos, pues fueron numerosas las publicaciones mexicanas incondicionales del ex presidente, pero ninguna de ellas tenía el prestigio. No, la idea de que Carlos Salinas pudiera formar parte del selecto Grupo de los grandes estadistas o líderes de este siglo no fue mexicana sino que se le ocurrió nada menos que a una de las revistas más influyentes, prestigiadas y con más experiencia sobre el mundo, y que había estudiado bien a México desde, por lo menos, la época de Porfirio Díaz: *The Economist*, (13-19 de febrero de 1993, "A survey of Mexico", p.4).

El Cambio: Ahora un País sin Líder y ¿Sin Futuro?. Han pasado apenas tres años y un par de meses de que la revista inglesa - uno de los voceros del *establishment* anglo-americano y del gran mundo financiero- se desbordara de entusiasmo por el joven doctor de Harvard y líder del neoliberalismo mexicano cuando otro órgano de ese mismo *establishment*, el famoso *The Wall Street Journal* (25 de marzo), decidí publicar otro largo análisis sobre la actual situación política mexicana. Por años el periódico neoyorquino defendió a Salinas y su proyecto con la misma vehemencia y los mismos argumentos que *The Economist*, pero ahora, como sabemos, cuando en México domina un salinismo sin Salinas, acaba de llegar a conclusiones que son

prácticamente lo opuesto de las que había sostenido no hacia mucho. ¿Tanto ha cambiado México desde que el personaje de Agualeguas dejó el poder? No en realidad lo que hoy encuentra tan mal *The Wall Street Journal* ya estaba mal hace tres años, lo que sucede es que ni el periódico, ni *The Economist* lo quisieron ver, prefirieron tomar por verdaderas auténticas las imágenes que les presentaron los tecnócratas y olvidaron al país real, cuya crisis la podía ver en 1993 cualquiera que examinara objetivamente las condiciones de vida del grueso de los mexicanos comunes y corrientes. Así pues, los que han cambiado 180 grados son los observadores, no el país.

Desde la nueva perspectiva del *The Wall Street Journal*, resulta que la verdadera herencia de Carlos Salinas -al que el diario se abstiene de atacar directamente- no es, desde luego, la modernidad mexicana, sino un sistema social y político obsoleto, incapaz de sostener una economía en expansión, y que hoy se encuentra metido en un callejón sin salida. En efecto, el México de 1996 está enfrascado en una brutal lucha interna por el poder, con una economía paralizada, y sin ninguna institución que sea capaz de asumir de manera constructiva el liderazgo y el poder que una Presidencia otrora poderosa, está dejando escapar irremediabilmente... y afectando así los intereses y las oportunidades futuras de los grandes inversionistas extranjeros.

El objeto directo de la crítica del periódico de *Wall Street* es desde luego, Ernesto Zedillo -el Presidente débil,

que más que jefe del Poder Ejecutivo se comporta como el "asesor administrativo de la nación"-, pero implícita e inevitablemente, el objeto indirecto de esa crítica en ese personaje que no hace mucho era aconsejado como uno de los grandes líderes del siglo: el que puso a Zedillo y a su programa en la Presidencia, el que le heredó al antiguo secretario de Programación -que nunca fue parte del cerrado círculo de quienes tomaban las decisiones centrales en el sexenio anterior- una economía prendida de alfileres y un sistema político en ruinas: Carlos Salinas.

El Autoengaño. No hay duda que los medios de comunicación extranjeros han demostrado desde hace mucho sufrir de una incapacidad (¿falta de voluntad?) para entender la naturaleza del problema mexicano, pero esta vez han ido demasiado lejos. Primero crearon a un Carlos Salinas a la altura de sus deseos y fantasías -el gran estadista que dijeron que era, el visionario, el verdugo de populismos y nacionalismos demagógicos-, que finalmente resultó ser algo más, pero mucho más, común y corriente y menos excepcional de los esperado. Ahora, tras su gran desilusión -y en esto los medios extranjeros tienen mucha compañía local-, han decidido ver a México a través de un cristal muy oscuro: un país sin instituciones y envuelto en una lucha interna que carece de grandeza y de salida.

La razón última de este paso de la euforia al pesimismo de los medios de comunicación anglosajones, se encuentra en un

autoengaño inicial, y en la reacción a la humillación posterior de tener que admitir que, pese a su supuesto profesionalismo, se dejaron engañar por una fantasía creada por un personaje que nunca tuvo las dimensiones heroicas que se le atribuyeron.

El punto de partida de la explicación inicial de fenómeno mexicano de *The Economist*, *The Wall Streer Journal* et al en el salinismo, funcionó más o menos de esta manera: si entre 1989 y 1993 los tecnócratas mexicanos encabezados por un verdadero creyente, Carlos Salinas, siguieron por primera vez y casi al pie de la letra, la receta económica de los países centrales de Occidente -la apertura del mercado interno a los bienes y capitales externos, la privatización de las empresas estatales y la propiedad ejidal, la disminución de los subsidios, la desregularización, etcétera-, entonces el resultado no podía ser otro más que un gran éxito, al menos a nivel macroeconómico, que finalmente era el único que les interesaba. Sin embargo, a partir de 1994 la realidad se empeñó en demostrar que la receta económica de los países ricos no daba, al menos en situaciones como la mexicana, los resultados prometidos. En efecto, pese al TLC, a las privatizaciones y la baja inflación, la economía no logró crecer a niveles adecuados para hacer surgir los empleos necesarios, la riqueza creada no se distribuyó de una manera menos injusta que en pasado sino todo lo contrario, el liberalismo económico no llegó a impregnar de valores liberales, como se suponía, a un régimen político que permaneció tan autoritario como antes. Finalmente,

la educación de la clase política tecnocrática en las mejores universidades de Estados Unidos y de Europa, no erradicó la corrupción institucionalizada, aunque posiblemente la refinó y, desde luego, la aumentó.

Si la Realidad no se Adecua a la Ideología, Peor para la Realidad. Frente al fracaso de lo que se supuso era el mejor experimento neoliberal en el mundo periférico -en 1993 y según *The Economist*, el México de Salinas "(era) saludado por el club de las naciones ricas como el estudiante de economía perfecto"- la realidad ha sido la descripción descarnada de la realidad mexicana y a una crítica implacable a la clase política mexicana y a sus instituciones (¿un intento de compensar el error de juicio del pasado inmediato?), pero sin cuestionar para nada la receta económica neoliberal. Desde esta perspectiva lo que falló fue la realidad, no la teoría, por tanto, peor para la realidad.

Hoy, en su feroz crítica a Ernesto Zedillo y su gobierno, *The Wall Street Journal*, considera que el llamado "nuevo federalismo" zedillista no es tal, sino una auténtica pérdida de poder presidencial en favor no de las instituciones legítimas -Congreso y Poder Judicial- que están atrofiadas, sino de un puñado de gobernadores autoritarios -Barlett, Madrazo y otros personajes herencia del salinismo-, lo que es más fácil que desemboque en una especie de neofeudalismo que en la modernización y democratización prometidas.

Es verdad que el análisis del *The Wall Street Journal* de ahora es más realista que el del *The Economist* de hace tres años, pero finalmente ambos órganos mantienen el dogma que les condujo a su pésimo análisis del pasado: no hay más camino que el propuesto por Salinas, es decir, que el propuesto por la ortodoxia neoliberal, y no importa que incluso en los países desarrollados de Occidente la receta no esté creando el empleo ni, menos, la calidad de vida prometidos. Lo que más teme *The Wall Street Journal* que suceda en México, es que ante la ausencia del viejo presidencialismo sin límites, sobrevenga el caos y, luego que el PRI, en su afán de sobrevivir con el partido del Estado más viejo del mundo, intente un retorno al populismo (¿es que si alguien no es liberal, sólo puede ser neopopulista?)

La Lección. Una de las lecciones que se puede sacar de los errores de análisis de los grandes medios de difusión de los países centrales, y desde luego de los costosos errores de los tecnócratas nativos, es la peligrosidad e inutilidad de las ortodoxias. Si una teoría económica o política, sea está el marxismo de ayer o el neoliberalismo de hoy, no sirve para entender y manejar la realidad de beneficio de la mayoría, entonces hay que cambiar el enfoque. Sospecho que a estas alturas, y con tantos fracasos a cuestas, lo que se defiende al insistir en continuar con el proyecto neoliberal original en el caso mexicano, no es la teoría del mercado, sino los intereses que surgieron y prosperaron a su sombra, interés que tienen

nombre y apellido y que se pueden calcular en miles de millones de dólares. Es realmente contra eso, contra el engaño, la inequidad, la corrupción, el desmantelamiento de la empresa nacional, que la sociedad mexicana debería luchar, sobre todo ahora que las ortodoxias del mercado empiezan a ser cuestionadas incluso en sus países de origen.